

Jorge Edwards

EL

PATIO

E L P A T I O

JORGE EDWARDS

EL PATIO

(CUENTOS)

Viñeta de Emilio Piers

SANTIAGO DE CHILE

1 9 5 2

E L R E G A L O

La tía Florencia se detuvo y apoyó las dos manos en su bastón.

—Veo que eres un niño muy independiente —dijo—. Yo, a tu edad, no soñaba con andar paseando sola por las calles.

El se detuvo, también, y la miró, con una helada sonrisa en los labios. Su inexplicable felicidad se desvaneció en un instante.

—Es verdad que tú eres un hombre —continuó la tía—, pero considero a tu madre una mujer muy descuidada —balanceó su cabeza maciza, de duros huesos, en actitud enfática—, muy descuidada. Tendré que decírselo esta vez.

Comenzó a caminar. El sol azotaba su piel seca, cetrina.

—Sabes.... Ven conmigo. Es posible que te regale una cosa.

Mudo, iracundo, pateando con furia los guijarros dispersos sobre la vereda, él caminó a su lado. Su som-

bra era larga y delgada y la sombra de la tía Florencia era mucho más larga, dos veces más larga, pero menos delgada. El sol, a su espalda, rodeaba un edificio de violentos resplandores. Las nubes estaban rojas y el sol se ocultaría luego, sumiendo a la calle en esa calma, en ese silencio quebradizo, que precede al comienzo de la oscuridad.

—Hace tiempo que te tengo un regalo —dijo la tía Florencia—. Como tú eres un ingrato y no vienes nunca a verme, no te lo he podido entregar.

Su ansiedad dolorosa y contrariada fué desapareciendo. Brillantes y tentadoras imágenes del regalo desfilaron por el interior de su mente.

—¿Qué regalo, tía? —preguntó.

—¡Ah! —exclamó ella—. La curiosidad es el peor de los pecados. Ten paciencia y verás.

La curiosidad, el peor de los pecados, lo recorrió entero, lo llenó de una insoportable y enérgica alegría.

La señora Florencia dejó de caminar, paseó la vista muy despacio por

la calle y por el parque, cuyos árboles altos se mecían apenas, como cañas que se cimbraran, y trepó en seguida, suspirando, las gradas de mármol que separaban la puerta de rejas de su casa de la puerta de entrada.

—Qué raro —dijo él—: en la calle hace calor y aquí hace frío.

—Mi casa es un ventisquero —dijo la tía Florencia—; a mí me tiene los huesos congelados.

La cerradura crujió, desencadenando toda una sucesión de imperceptibles rumores. Crujió la cerradura y crujió adolorida, lamentablemente, la puerta, hiriendo los nervios cansados por un día entero de trajines, hiriendo el interior poblado de oscuridad, de cortinas añosas, de mecedoras viejas, de viejos jarrones que caerían pulverizados bajo el peso más leve.

—¿Qué te parecen mis dalias? —preguntó la tía Florencia. Estaban colocadas encima de una antigua victrola, llena de curiosos adornos. Una de tallo demasiado largo, como

un hombre que se hubiera dormido de pie, contra un muro, estrechaba sus pétalos contra la pared. Las otras respiraban cansadamente el aire mustio y señorial, atravesado de olores.

—Muy bien —dijo él, mirándolas con indiferencia—. Son muy bonitas.

—Dígame, tía —preguntó—, ¿por qué no tocan nunca esa victrola?

Cubierta por un mantel rojizo, evocaba lejanos tiempos, una música diferente, los valeses que hicieron soñar a las apergaminadas señoras, el tío Fernando con sus largos bigotes, sus polainas grises, sus historias, sus tórtolas en escabeche los domingos, sus pavos para San Fernando.

—¡Uf! —exclamó la tía—. Si esa victrola es un vejestorio peor que yo. No se toca desde la muerte de tu tío.

—Por lo demás —añadió—, yo no soporto la música. A los organilleros les pago para que se vayan.

Con la mano libre forcejeó y abrió la puerta del ascensor:

—Entra, hijito; vamos a mi pieza.

El regalo te lo tengo allá.

El salón, poco a poco, se alejó, se hizo más pequeño.... más pequeño.... vino la oscuridad.... una puerta cerrada.... la rápida visión de una galería.... la oscuridad.... una segunda puerta cerrada. La plataforma negra, remecida, vibró por un instante. El ascensor estaba detenido.

—Hay un desorden de los mil demonios —dijo la tía Florencia. Apoyó su bastón fuera del ascensor, en los cuadrados relucientes del parquet—. Han venido los hombres a limpiar y no terminan nunca.

—Yo soy amigo del hombre que limpia en mi casa —dijo él—. A veces me deja limpiar.

—¿Y tu mamá te lo permite? —La tía Florencia echó su cabeza un poco atrás y lo miró fijamente, haciendo una mueca de disgusto y de escándalo.

—Claro que me lo permite —dijo él.

—Sencillamente, yo no la comprendo —murmuró la tía—. Seré una retrógrada, seré lo que quieran,

pero.... — Movi6 su cabeza con abstraída lentitud.

Un hombre estaba en cuclillas, limpiando las paredes con un trapo que mojaba en un balde.

—¿C6mo va la cosa? —pregunt6 la tía Florencia, levantando bruscamente la voz.

—Muy bien, señora —contest6 el hombre. Se volvi6 a medias mientras con ambas manos estrujaba el trapo.

—¡Ya lo creo! —exclam6 la tía Florencia—. Se han demorado mäs de dos semanas y no han hecho ni la mitad del trabajo.

—Pasado mañana terminamos, señora. — El hombre sonri6, levemente cínico, con la comisura de los labios.

—¡Espérese no mäs! —respondió ella. Empuj6 con suavidad a su sobrino hacia el interior de una pieza.

La tía Florencia se tendió en un sofá y comenz6 a suspirar. Tenía las piernas estiradas y los brazos le colgaban casi a ras del suelo.

Los rayos del sol iban retirándose de la ventana. El oía el sonido re-

gular del trapo mojado que limpiaba el muro. A través de la ventana, lejos, vió el macizo oscurecido de los árboles del parque. Una brisa fresca estremecía los vidrios y se introducía al interior del cuarto.

—Mira —dijo la tía Florencia—, ¿por qué no buscas tú mismo el regalo? Está en el primer cajón de la cómoda.

Se dirigió a la cómoda y abrió el primer cajón. Un libro grande, con un grabado en negro, en la tapa, que representaba a Dios Padre sentado en su trono, rodeado de arcángeles, apareció ante sus ojos sorprendidos. Retorcidas letras góticas formaban un título incomprensible.

—Está escrito en francés —dijo la tía Florencia—. Pero ya estás en edad de ir aprendiendo francés, me parece.

—Sí, tía —dijo él—. Un millón de gracias. — Pronunció muy bien las palabras, para no verse obligado a repetir las.

La tía se levantó del asiento y se acercó a la cómoda.

—Es un libro instructivo —dijo,

hablando por encima de su hombro—. Tú puedes aprender muchas cosas mirando los grabados. — Dió vuelta las páginas con lentitud.

—Aquí, por ejemplo, tienes la historia de la crucifixión de Nuestro Señor.... Y aquí está su ascensión a los cielos.... Y éste es el día de Pentecostés.... Y esto, esta caverna llena de fuego que ves aquí, es el infierno, donde se van los pecadores.

La tía Florencia cerró el libro y sonrió. Ya la pieza estaba semioscura y su cuerpo se recortaba negramente contra la ventana.

—¿Te ha gustado mi regalo? — preguntó.

—Mucho, tía —dijo él—. Muchas gracias.

Ella puso su rancia mejilla para que la besara.

—Ahora puedes irte —dijo—. No quiero que te sigas aburriendo con una vieja.

Lo volvió a empujar suavemente, tal como a la llegada, y cerró la puerta sin hacer ruido.

El hombre del aseo lo miró con ca-

ra inexpresiva. El ascensor zumbó de nuevo en forma ronca y monótona, mientras el salón se acercaba. Pronto se extendió, casi oscuro, frente a sus ojos. En la penumbra, la silenciosa victrola evocaba otros tiempos.

UNA NUEVA EXPERIENCIA

—Tómate una copita —dijo el tío Antonio, defendiéndose con los codos contra la presión de los parientes—; tómatela —insistió, con su voz bondadosa. Acercó la copa burbujeante a Miguel. Era un sabor parecido al de la panimávida; hacía cosquillas en el paladar. Miguel sorbió largamente; quedó con un ribete blanco alrededor de los labios.

—¿Quiere tomarse un ponche, señor? —preguntó solícito uno de los elegantes mozos, bajando la bandeja hasta su altura. Miguel tomó con ambas manos la copa que se le ofrecía. Eso era de un sabor diferente, no le hizo cosquillas, no tenía burbujas igual que la panimávida; pero también estaba bueno. Estaba muy bueno. Miguel tomó de tres asentadas el contenido del vaso. De nuevo quedó con el ribete blanco en los labios.

La casa estaba llena de gente. Los

invitados recorrían todas las piezas, abriéndose paso con mucho trabajo, esquivando los ramilletes de flores alineados en el suelo y a lo largo de la escala principal.

Pasó cerca de un grupo de señoras. Tenían sombreros de largas plumas y discutían animadamente.

—¿Cómo te va, Miguel?— dijo de pasada una de las señoras, sonriendo. Con dos de sus dedos huesudos, delicados y blancos, sostenía un sandwich diminuto.

A cada instante crecían las voces. La casa estaba llena de voces y toda iluminada. A veces, a la vuelta del colegio, y apenas cerraba la puerta de calle, el silencio se le venía encima como una ráfaga, el silencio que produce la caída de una partícula de polvo o el derrumbe insensible de un muro.

Escurriéndose por entre las piernas de los invitados, divisó a su hermano menor. Estaba rojo y tenía la boca repleta; restos de dulce se le adherían a las mejillas y a los labios.

Su hermano se abrió paso, mirándolo sonriente, y se perdió de vista.

El calor era muy grande, pese a que abrieron las ventanas, y ya los mozos estaban cubiertos de transpiración. La apretura y el calor ponían en peligro la compostura de los asistentes.

Un mozo rojo, inyectado en sangre, con mejillas repletas de una red espesa de venas, pasó a su lado, preguntándole con atentos modos que qué quería servirse.

—¡Ponche! —contestó Miguel.

Se quedó esperando, y luego volvió el mozo con una copa inmensa de ponche. Miguel lo tomó de dos tragos, devolviéndole al mozo la copa vacía. No era una cosa burbujeante, como el licor del tío Antonio, pero también estaba bueno. Cuando pasara otro mozo le pediría otra copa. Un calorcillo raro se le expandió por todo el cuerpo, un calorcillo hormigueante. “¿Qué me pasa?”, pensó.

—Tienes las orejas rojas —le dijo don Francisco, el amigo de su padre, pasando al lado suyo. En broma

le tiró una oreja, pero ésta le quedó doliendo. ¡Cómo ardía! ¡Maldito don Francisco! Quiso que le dieran otro de esos ponches. No tenían burbujas, como el trago del tío Antonio, pero eran muy buenos. ¿Por qué no los prepararía nunca su padre? Siempre preparaba tragos fuertes, de gusto repulsivo.

—No tomes mucho —dijo el tío Antonio, con su cara sonriente. El le miró las orejas y también estaban rojas. ¡Este tío Antonio! Tenía una copa en la mano.

—¿Me deja probar? —dijo Miguel, empinándose para alcanzar la copa. Su tío lo dejó probar. Era uno de los tragos fuertes que preparaba su padre. Casi no pudo tragarlo, casi tuvo una náusea.

Nunca venía el mozo. Miguel se abrió paso en dirección al comedor. El mesón estaba lleno de cosas. Divisó jarros repletos de ponche a la romana; espumosos jarros repletos. La cabeza de Miguel asomó junto al mesón.

—Deme un ponche —dijo, pocien-

do una expresión suplicante que hizo sonreír al mozo. Este le llenó una copa. Miguel se retiró con ella en la mano. Pensaba tomarla con tranquilidad, en algún rincón de la casa. Se apoyó lleno de indolencia contra un aparador y sorbió su ponche con calmado regocijo.

Al otro extremo del aparador estaba Teresa, su prima. El, con la mano, le hizo una seña extraña y lánguida y la oyó reírse con estrépito, acompañada en su risa por las dos o tres amigas que la rodeaban. La veía confusa y disuelta dentro del comedor, como una persona que en un día de niebla se divisa confusa y disuelta en la tierra o contra el cielo. ¡Era una sensación muy rara!

Miguel lanzó una violenta carcajada, provocando las miradas inquisitivas de algunos invitados.

—¿Quieres que te pida un ponche?
—dijo Teresa, tomándolo de un brazo y conteniendo su risa. Miguel se dejó llevar. Un señor muy alto lo miró de reojo.

—¿Por qué me mira, señor?

El señor dió vuelta su cabeza, sin decir nada. Atravesaron la compacta masa de parientes, allegándose al mesón.

—Un ponche para este joven —dijo Teresa.

Le pasaron la copa y Miguel hizo ademán de retirarse.

—¿Por qué no te la tomas? —preguntó su prima.

—Porque prefiero tomarla en el rincón —dijo él, decidido.

Volvieron al rincón. El señor de mirada insolente había desaparecido. Miguel tomó enérgicamente su copa y, sin desviar la vista del contenido, bebió despacio, hasta vaciarla. Con el dorso de la mano se limpió la boca. Sintió una erupción de gases subiéndole por el esófago y los dejó salir de a poco, para no despertar las miradas de los invitados. Su prima continuaba riéndose.

—¿Cómo te llamas tú? —dijo Miguel, señalando con el dedo a una de las risueñas amigas.

—Marta.

—¿Y tú?

—Filomena.

—¿Y tú?

—Cristina.

Lanzó una carcajada:

—Tú te llamas Marta —repitió—; tú, Filomena, y tú, Cristina. — Dijeron que sí, por lo cual él se mostró muy satisfecho.

—Vámonos de aquí —declaró de repente, y comenzó a repartir empujones a diestra y siniestra.

—Pórtate bien, Miguel —dijo el tío Antonio, sonriendo. Le sonreía de tan lejos, de tan lejos, con su cara sofocada, borrosa, de pequeños ojos brillantes. Pasaron junto a un ramillete y Miguel le dió una flor a cada una de las cuatro niñas. Tomó una más grande que las otras y se la colocó en el ojal. A pocos pasos quedaba el cuarto de baño.

—Espérenme un momento —dijo él, haciendo un gesto solemne. Entró al baño, cerrando la puerta con llave. Sin levantar la segunda tapa del excusado, se puso a orinar, ensucian-do la tapa y el suelo. Hizo una cascada blanca, humeante. Tiró la cade-

na y se miró al espejo. Estaba rojo, también, y tenía los ojos, empequeñecidos.

Cerró la puerta a su espalda y sintió el salón girando, girando confundido con el perfume ondulante de las flores, girando vertiginosamente. Se dirigió, tratando de sujetarse a alguna de las cosas que giraban, a una pieza más o menos desocupada, y se tendió en un sofá. Durante mucho rato estuvo oyendo los confusos ruidos de los invitados que pasaban y volvían a pasar al lado suyo, rodeados y alucinados por el zumbido de sus propias voces. Las voces se les habían desprendido y como moscardones emigrantes marchaban en fila junto a su sofá. Vagamante presentía que esas voces le decían algo, pero él se limitaba a sonreír, como quien no quiere molestar a nadie, y a espantarlas con un vago movimiento de la mano.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡¡Miguel!!
¡¡Miguel!!— A través de una niebla apareció la cara redonda y sorprendida de su hermano menor.

—Dice mi mamá que vayas a ver a la novia—. Lo tomaba de la mano y trataba de arrastrarlo. — ¡Miguel! ¡¡Miguel!! — Borrosamente divisó la pequeña cara desconcertada y a punto de soltar el llanto.

—¡Miguel! ¿Qué te pasa? ¡Mamá! ¿Qué le pasa a Miguel? ¡¡¡Mamáaaa!!!

E L S E Ñ O R

—¡Señor!

El señor se dió vuelta. Enarcó las cejas y permaneció en silencio.

—Señor, ¿usted sería tan amable como para llevarme a mi casa?

—¿Te perdiste? —preguntó con amabilidad el señor.

—Sí, señor —dijo Bernarda, apuntando hacia él su cara delgada y de pómulos salientes, sucia en las mejillas a causa de algunas lágrimas que ya se habían secado, y con dos cintas blancas, sucias también, oscilando al final de dos cortas trenzas.

—Vamos —dijo el señor.

El gentío pasaba y pasaba, entre un rumor confuso de música, de cornetazos, de bocinas, de gritos, de exclamaciones, de conversaciones sorprendidas fragmentariamente a los vecinos.

Serían las ocho de la noche.

—Ojalá que mi mamá se vuelva —dijo Bernarda, fijando la vista en

el voluminoso y deslumbrante prendedor del señor, que brillaba sobre la superficie amarilla de la corbata.

—Ya se cansará de buscarte —dijo.

Bernarda se secó las lágrimas. Observó a un hombre disfrazado con armadura antigua, que provocaba gran revuelo en el centro de la calle.

—Quizás encuentre a mi hermana, sabe. Mi hermana está siempre con sus amigos y ellos me acompañarían. Anda vestida de holandesa, con una toca blanca. Si usted la ve, me avisa, por favor.

Poco a poco se alejaban del centro de la fiesta; entraban a una calle más sola, cuyo suelo estaba lleno de chayas pisoteadas. El bullicio se hacía más sordo y confuso.

—Se puede reconocer a mi hermana por su toca que parece una toca de monja —dijo Bernarda. Después añadió, como para ella misma:

—Yo le dije, mientras se la estaba haciendo, que iba a parecer una monja, pero ella no me hizo ningún caso.

Se dirigió al señor:

—Mi tía quiso hacerme un disfraz,

también, un disfraz de enfermera, porque me gusta mucho la Cruz Roja; pero mi tía se atrasa para todo, con el dulce de membrillo de mi mamá fué lo mismo, y si me lo hace, será para este otro año, cuando ya seguramente no me guste.

Miró hacia el señor y sus ojos, que vagamenté se fijaban en un lugar lejano, la contemplaron fugazmente.

—Siempre pelean el papá y la mamá por mi tía —dijo Bernarda—. El papá dice que mi tía es desordenada y muy intrusa; pero yo le digo que ella tiene buena voluntad y que de puro buena es intrusa, de la pura buena voluntad que tiene.

—Espérate un rato —dijo, de pronto, el señor. Entró a un café lleno de gente, donde un grupo de disfrazados armaba un gran desorden, hablándole al público y gesticulando. Ella lo vió comprar cigarrillos en la caja y hablar con el cajero. Al mismo tiempo la miraba o dirigía la vista, por encima de su hombro, hacia la alborotada concurrencia.

Salió el señor y siguieron cami-

nando. Llegaron a una esquina y, antes de atravesar la calzada, miraron a los lados y vieron una calle oscura extenderse, silenciosa, interrumpida en su silencio por los rumores más o menos lejanos de la fiesta, hasta una plaza sola y poco iluminada.

—No falta mucho —dijo Bernarda, en el tono más amable, y trotando para alcanzar al señor, que se le adelantaba.

Ya la gente en la calle era escasa. Cerca de los desagües se amontonaban unas cuantas serpentinas rotas y algunas chayas sucias, difíciles de reconocer entre la tierra y los papeles botados. Eran los últimos indicios de la fiesta, junto con un rumor opaco y muy disminuído.

Vieron a un hombre que caminaba por la misma vereda, pero siguiendo la dirección contraria. El hombre se acercó y se detuvo. Era muy pálido y una cicatriz le marcaba la mejilla izquierda. Llevaba una corbata de varios colores. Conversó con el señor sin saludarlo, como si lo viera todo el día, o como si vivieran juntos

en la misma casa. Después pidió un cigarrillo y encendiéndolo se fué. El señor caminó más rápido y no hizo comentarios.

“Qué raro este señor”, pensó Bernarda, “no ha dicho tres palabras en todo el camino”, y mirando hacia la calle oscura por que iban caminando, comenzó a tener miedo. “Soy una tonta”, pensó, “este señor es muy bueno y no me quiere hacer nada.” Empuñó su mano delgada y nudosa dentro del estrecho bolsillo de su vestido.

Muy lejos se oía el bullicio de la fiesta, que no lograba vencer el silencio cada vez mayor. Las calles eran cada vez más oscuras: casi todos los faroles tenían las ampolletas rotas.

“No me va a hacer nada”, pensó Bernarda, apretando sus manos contra las costillas para combatir el frío y la nerviosidad, “no me va a hacer nada porque, si no, ya lo hubiera hecho.”

El señor echó una columna densa de humo por la boca y una sombra transparente, que ascendía con len-

tos movimientos, se dibujó en una vieja muralla.

—¿Usted fuma mucho, señor? — preguntó Bernarda, levantando de nuevo su mirada interrogante, de ojos agudos, hacia él. El señor hizo un gesto indefinido. Sostuvo el cigarrillo entre los labios, achicando los ojos para protegerse del humo, y con sus gruesas manos se arregló la corbata.

—Fuma tanto como mi papá — dijo Bernarda.

“Tonta”, se dijo, “si no le gusta que le hablen. Es mejor no hablarle.” Temerosa, con disimulo, miró hacia atrás, porque tuvo la sensación de haber oído pasos; pero nadie venía. El corazón le quedó latiendo acelerado. Siempre, a la vuelta del colegio, encontraba a su papá paseando por la calle. “Sal ahora, papá”, rogó. “¿Por qué no sales ahora?”

—Faltan dos cuadras, señor — dijo Bernarda. Había divisado el edificio grande de ladrillo que quedaba frente a su casa. “¡Ojalá no hayan salido todos!”, pensó de repente, y el

corazón volvió a brincarle, alarmado. Tendría que irse donde su tía Amelia, y si su tía Amelia no estaba, tendría que irse.... Sentía que las palpitations le oprimían la garganta y empuñó su mano con fuerza. “¿Por qué no hablará una palabra?”

—Señor —dijo Bernarda—, si usted quiere puede dejarme aquí. No tiene por qué molestarse....

—No importa —contestó el señor. Siempre miraba hacia adelante, con sus ojos hundidos, de mirada incierta. Ella también tenía sus ojos fijos adelante, fijos en el farol que conocía de memoria y que quedaba frente a su casa.

Cuando se acercaron, vieron la luz del farol reflejada desde distintos ángulos en cada una de las ventanas del edificio grande, en forma simétrica, iluminando toda la ventana que quedaba justo al frente, e iluminando las otras ventanas en un espacio gradualmente menor. Soplaban una brisa fría que pasaba lamiendo las paredes pétreas, silenciosas, del

oscuro edificio. La nariz de Bernarda se puso helada y roja.

—Aquí es, señor —dijo. Tocó el timbre y lo oyó resonar en el fondo de la casa. Después, nada interrumpió el silencio. Volvió a tocar. Volvió a resonar el timbre en el lejano fondo de la casa. Otra vez no se oyó nada. Pero transcurridos unos cuantos segundos, se percibieron en forma imperceptible suaves pasos apagados, que rasgaban apenas el silencio, y que se fueron acercando en forma muy lenta, muy lenta, como se acerca una persona desde el final de un camino recto, transparente y larguísimo.

Estremeciéronse los vidrios de la puerta y la puerta se abrió, asomando por ella una cabeza vieja y sorprendida.

—¿No salió con su mamá? —preguntó.

—Sí —dijo Bernarda, colocándose ágilmente detrás de la puerta—, sí; pero me perdí y este señor me trajo.

El señor la miró. Los ruidos de la fiesta llegaban desde muchas cua-

dras, traídos por la brisa fría. Con ojos que ahora le parecieron hundidos, cansados, casi tristes, la miró el señor. ¡Era un señor tan raro! Bernarda no sabía qué decir.

—Bueno —dijo el señor, después de un rato—, hasta luego.

—¡Señor! ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! —exclamó Bernarda, mientras los pasos sordos y pesados del señor se alejaban por la vereda sola.

LA VIRGEN DE CERA

—Oye —dijo Pedro, entrecerrando los ojos a causa del sol—, te apuesto una cosa.

Ella, que se dejaba acariciar por el sol, levantó la cabeza:

—¿Qué cosa?

—A que no te sacas los calzones en el medio del patio.

—¡Bah! —exclamó ella, desdeñosamente— ;Esa apuesta no vale!

—Ves. —Pedro comenzó a hostigar una hormiga que subía por la grada de piedra—. No te atreves.

—Es trampa esa apuesta —insistió ella.

Pedro hostigaba la hormiga con un palo. La hormiga corría en todas direcciones, tratando de seguir su camino.

Ella estaba molesta por su silencio:

—Bueno —dijo, sin mirarlo—. Te apuesto que sí.

Se pusieron de pie. La puerta en-

tornada de la cocina dejó ver una hilera de verduras en descanso.

—En el medio del patio —dijo Pedro.

El caminó detrás suyo, con los ojos entrecerrados. Enervadas por el calor, las moscas revoloteaban junto al tarro de basura. El gato estaba tendido lánguidamente.

—Gatito, gatito —dijo ella, inclinandose y llamándolo con los dedos.

Pedro se detuvo en el centro del patio. La miró un instante, con las manos en los bolsillos de su pantalón, y dijo:

—No saques la vuelta. Confiesa que no eres capaz.

—¡Soy capaz! —dijo ella. Espió con disimulo las casas vecinas, por si había gente mirando, y su cara tomó, por un momento, una expresión de angustia. Después, se puso de pie rápidamente.

Las moscas giraban enervadas junto al tarro de basura. El gato dormitaba. En un instante, sus calzones se deslizaron. Sacudió los pies y los calzones quedaron solitarios en el

centro del patio. Una mariposa voló cerca del pequeño atado solitario.

—Ahí tienes —dijo ella, mientras se alejaba. Sentía frío debajo de las faldas y tenía la sensación de estar desnuda desde la cintura. Volvió a mirar a las ventanas vecinas; su vista se detuvo en una que estaba de par en par abierta y que dejaba ver un interior apacible. Se oía el ruido de una máquina de coser.

Pedro recogió los calzones, los colgó del dedo chico y se puso a balancearlos. “Imbécil”, pensó ella. Se dirigió sin mirarlo al repostero. El sol atravesaba los vidrios e iluminaba las verduras. Unos pasos retumbaron en la quietud.

—¡Corre! —gritó Pedro—. ¡Corre! ¡Parece que nos vieron!

Ella se precipitó al patio y escapó al jardín que bordeaba la casa. Corrió por el pasto, derribando las plantas jugosas, recién brotadas. Corrió y se introdujo al comedor. El aire fresco detenido tenía olor a manzanas maduras. Recordó los gritos de

su hermano y sintió que el corazón le brincaba, enloquecido.

Se acurrucó al abrigo del aparador y con ambas manos estiró sus faldas. Debajo, sentía piel de gallina, y sus miembros tiritaban. “¡Imbécil!”, pensó, acurrucándose, “¡imbécil!, ¡imbécil!”. Sus manos se crisparon agarradas a las faldas. Pasó cerca de un minuto. Con infinito cuidado, ella sacó la cabeza y observó el jardín. Las abejas soñolientas volaban de una flor a otra, brillando bajo el sol. La máquina de coser se detenía y comenzaba de nuevo su trabajo. Bruscamente retiró la cabeza. Había visto una sombra que atravesaba las flores. “¡Que se vaya!”, rezó, “¡Virgen María, que se vaya!”. Una virgen de cera apareció sonriendo con helada e hipócrita sonrisa. “¡Que se vaya!”, suplicó.

La sombra comenzó a moverse por la pieza; avanzó poco a poco. Fué oscureciendo la pieza, fué acercándose al aparador.

—¡Salga de ahí! —gritó una voz descompuesta por la indignación—.

¡Salga de ahí!—. “¡Virgen María!”
rezó, temblando, acurrucándose tras
el aparador. Una mano enrojecida se
levantó en el aire y cayó con rabiosa
violencia. La virgen de cera sonreía.

LOS PESCADOS

Pedro iba caminando por la orilla del estero. Junto a los muros derruidos y cubiertos de musgo, pescaba una hilera de personas de diferentes tamaños y edades.

Caminaba despacio, sin ganas de llegar muy luego. Serían, más o menos, las siete de la tarde.

Apoyada contra el muro, una niña miraba fijamente al camino. Era pecosa, de pelo amarillento y tieso, y en su cara redonda los ojos estaban un poco perdidos. Parecía no pensar en nada, o pensar en algo indiferente y monótono.

Al verlo, sus ojos se reavivaron, observándolo con curiosidad.

—¿Usted no quiere pescar? —preguntó.

—Muchas gracias... — Incómodo, se detuvo—. Lo que pasa es que no he pescado nunca.

—No importa —dijo ella, moviendo sus manos con algo de agita-

ción—. No importa. Eso no importa nada. Casi todos alegan lo mismo y siempre terminan pescando.

—Pero es que yo no tengo idea —dijo él. Reparó en un tarro de lata lleno de agua. El tarro descansaba en el suelo, junto a unas lienzas de pescar.

—¿Tiene algún pescado? —preguntó.

—Tengo muchos —dijo ella, con una imperceptible sonrisa de superioridad—. Pero éstos no se alcanzan a ver. ¡Espérese un ratito! — Partió corriendo en dirección a un señor muy gordo, que usaba gruesos anteojos blancos, una camiseta blanca, de manga corta, y un sombrero de color crema, un poco sucio.

Volvió con un frasco de vidrio fuertemente apretado entre sus manos.

—Mire —dijo—. En este frasco si que se divisan bien. Claro que puse los pescaditos más chicos — añadió, mientras él observaba con sorpresa unos peces blanquicinos, pequeñísimos y casi transparentes.

—Bueno —dijo ella, señalando un espacio en el muro—, ¿por qué no se coloca ahí para que pesque?

Depositó el frasco de vidrio encima del parapeto. Las aguas eran espesas y oscuras. Alguien lanzó un pedazo de pan, que quedó flotando a la deriva. En menos de un segundo, desapareció bajo una nube de peces que se lo disputaban.

—¿Si quiere le preparo yo misma la lienza? —dijo la niña, y de inmediato puso manos a la obra.

La nube de peces ya se disolvía, después de haber exterminado el pedazo de pan.

El sintió que introducían una cosa en su bolsillo:

—Así no se le cae al agua. Primero tendría que caerse usted.

Pedro sonrió vagamente. Al otro lado del estero, el sol ya enrojecía los techos de lata, desvencijados y altos. Ella colocó una miga de pan en cada uno de los diminutos anzuelos.

—Ahora pesque no más —dijo—; y si quiere gusanitos, pídaselos a mi

papá. Es ese señor gordo con anteojos, de camiseta blanca.

El señor, de espaldas al estero, con los brazos y los pies cruzados, conversaba.

—Pídaselos sin miedo —dijo—. El le da gusanos a casi todos los que pescan aquí. Todas las mañanas los saca del jardín y los guarda en una caja.

Pedro comenzó a bajar su lienza.

—¿No quiere gusanos?

—No.... Si yo creo que con migas....

Los anzuelos desaparecieron bajo el agua. Sufrieron, de inmediato, repentinos y cortos remezones.

—Creo que ya pesqué —dijo, torciendo la cabeza y mirándola lleno de satisfacción.

—Levante la lienza, entonces —dijo ella, sin expresar sorpresa; sin siquiera inclinarse a mirar.

Silenciosamente, un muchacho de unos catorce años se acercó para observar la maniobra:

—Levante bien despacio —dijo.

Fué levantando la lienza con infini-

tas precauciones. Un pescado coleaba en el extremo. Levantó poco a poco. Le parecía increíble que el pescado pudiera llegar hasta sus manos.

—Es harto grande —dijo el muchacho, con secreta simpatía. Pedro lo miró de reojo. Su cara era sucia y de piel bastante oscura.

Cuando el pescado llevaba recorrida la mitad del camino, se desprendió del anzuelo y cayó al agua.

—¡Por Dios! —exclamó Pedro. Miró hacia todas partes pero ella no estaba. El muchacho lo observaba con ojos muy abiertos.

—Tome —dijo la niña, volviendo con una lombriz que se retorció entre sus dedos—. Póngala en el anzuelo.

El obedeció sin hablar, con inmensa repugnancia. La lombriz se retorció tenazmente. Por fin, quedó atravesada en el centro del anzuelo.

Balanceándose, el anzuelo comenzó a descender hacia el agua. La oscuridad iba creciendo. El no vió si había penetrado ya en el agua, pero se sintieron de repente los remezones de

la lienza. La subió, y algo plateado brillaba entre la oscuridad. Ya se reconocía su forma, cuando se desprendió de la lienza y desapareció.

—Niñita —dijo Pedro, tratando de sonreír—, se me han caído todos los pescados al agua. — Miró la lombriz empapada, semi-deshecha.

—¡Pobre! —dijo ella, dirigiéndose a una indefinida concurrencia—. Los dos se le cayeron al agua.

Pedro sentía una tristeza ridícula y desalentadora. El niño lo miraba con curiosidad.

—Creo que ya tengo que irme —dijo Pedro. Sacó el ovillo de lienza de su bolsillo para colocarlo en el murc, junto al tarro de lata:

—¿Y usted viene a pescar todos los días? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. Todos los días. Nosotros vivimos en una pensión por aquí cerca. Yo me vengo temprano, parto corriendo a almorzar y vuelvo.

—Ya es bastante tarde —dijo Pedro.

—¿No quiere pescar un poco más?

El se asomó por sobre el parapeto. El agua casi no se divisaba:

—Si tengo que irme —dijo. Dió su mano a la niña—. Entonces, hasta luego, pues.

—Hasta luego —dijo ella. Su voz se había puesto algo incierta.

El la miró indeciso y sin saber qué hacer.

—Puede venir cuando quiera. — Ella recobró de pronto su seguridad—: Usted sabe que yo estoy aquí pescando. Además, si yo no estoy, usted puede hablar con mi papá; o puede hablar con él. — Señaló al niño que se acababa de acercar, quien hizo un gesto de pasajera timidez. Todavía lo miraba fijamente.

—Hasta luego —dijo Pedro, implicando a ambos en la despedida—. Hasta luego; hasta otro día.

Caminó bajo una fila de viejas y polvorientas palmeras. Algunas parejas se abrazaban en la oscuridad. Oyó el sonido de voces apagadas. Soplaban el viento, haciendo que las largas hojas carcomidas crujieran. Dándose vuelta, divisó a la niña que re-

cogía sus cosas. Después de recogerlas, la niña caminó lentamente y el muro quedó abandonado. Sólo un tarro caído yacía sobre su extensa superficie.

L A S A L I D A

La madre Francisca cerró un lado de la puerta de rejas. A través de las rejas pudo ver la calle tranquila, sin autos y sin nadie, donde los bulliciosos grupos de alumnas ya se habían dispersado. La madre Francisca sacó su cabeza un instante y se asomó al exterior. Divisó una vereda desierta, limpia, por cuya superficie el viento arrastraba algunas hojas secas. Antes de dirigirse a los claustros se acercó al largo banco de madera oscura que ocupaba todo un lado de la sala de recibo. En el medio del banco —a los lados sobraba un amplio espacio— estaba sentada, con las piernas cruzadas e inmóviles y con las manos inmóviles y el cuerpo entero inmóvil y erguido, una alumna de la primera preparatoria. Por el hombro izquierdo le pasaba la angosta correa del bolsón. Del mismo modo que una mosca parece perdida en la amplia superficie de una hoja de

papel, parecía perdida en la amplia y desolada superficie del banco. Su cara, de un color rosado desteñido, expresaba concentración y paciente y resignada tristeza. Los ojos fijos no miraban hacia ninguna parte. Nada en su cara se movía: ni los ojos, ni la boca firmemente cerrada, ni el mechón desordenado y mustio, que caía medio a medio de la frente. Los rayos lánguidos del sol atravesaban las rejas y venían a iluminarle los diminutos y pulcros zapatos.

—¿Por qué no esperas en el patio? —dijo la madre Francisca, tratando de suavizar sus palabras. Ella la miró, se levantó y caminó con pasos cortos y regulares. Caminaba muy derecha y compuesta. Con la mano mantenía el bolsón pegado a su cadera. La madre Francisca empujó la puerta que comunicaba con el patio y la dejó pasar. A su espalda, la puerta se quedó meciendo sin ruido.

Los rayos del sol caían oblicuos en el patio, que se veía extrañamente solo. Cuando ella estuvo junto a la jaula de los pajaritos, la madre Fran-

cisca se alejaba por los corredores. La jaula de los pajaritos era lo único del patio que se podía mirar. Aunque a veces era bueno, también, mirar el castaño grande, lleno de caprichosas ramas. Las castañas estaban en el suelo, con sus caparazones partidos. Si se quitaban los caparazones, las castañas eran duras y brillantes. A ella le gustaba colocarlas en fila encima de la cómoda, junto a sus miniaturas de loza. Había dos pajaritos en la jaula: un pajarito azul y un pajarito negro. Ella quería más al pajarito negro, pero era más hermoso el pajarito azul. Ahora erizaban las plumas, comenzando a sentir frío. Ella comenzó también a sentir frío y contrajo los músculos, como achicándose dentro de su abrigo grueso y espacioso.

No había mucho que mirar en el patio, fuera de la jaula de los pajaritos y del castaño grande, de ramas caprichosas. Soplaban una brisa fresca que hacía oscilar levemente la jaula y que lamía las hojas sedosas del castaño, haciendo que se entre-

chocaran. Al entrechocarse producían un ruido murmurante y sordo. La jaula al oscilar rechinaba quizás en qué juntura, con un ruido sordo, y los pequeños pájaros producían un ruido, por su parte, como si conversaran, como si atropelladamente y en voz baja se comunicaran presagios funestos sobre el frío que habría de venir. También producía un ruido sordo la llave de agua que quedaba cerca del castaño y que goteaba sobre un ladrillo roto. Era raro: el ruido de las hojas y el de alguna juntura de la jaula rechinando y el de los pájaros y el ruido de la gota de agua sobre el ladrillo roto, parecían traer frío y soledad, como si la soledad o el frío tuvieran algo que ver. Traían frío y soledad y había que achicarse, que achicarse mucho dentro del espacioso abrigo.

—¿Qué haces aquí? —dijo la madre Inés.

La madre Inés era su profesora. Ella la quería mucho, porque no era estricta, era buena y no gritaba nunca en la clase, pero ahora tenía ga-

nas de estar sola, no con la madre Inés, por más que la quisiera, ni con nadie.

—Estoy esperando a mi mamá que va a venir a buscarme luego —dijo, y lo dijo con un tono natural y seguro, para que la madre Inés no supiera que nadie la iría a buscar y no se le ocurriera acompañarla o llevarla a su casa.

—Buenas tardes, entonces —dijo la madre Inés, y se alejó por uno de los corredores.

El patio estaba oscuro ahora, pero si se miraba al cielo era un cuadrado claro y un poco rojizo sobre el patio oscuro. Dentro de la jaula estaba la oscuridad, y en el castaño de ramas caprichosas, y en el corredor helado por donde las monjas se alejaban. En el fondo del corredor era posible percibir una luz escarlata que iluminaba débilmente la vitrina con la virgen.

El cuadrado de cielo estaba más rojo y las sombras se extendían por el patio y se pegaban a los muros, y los ruidos de la llave de agua y de la

juntura de la jaula y de los pájaros pequeños que murmuraban sus funestos presagios seguían trayendo frío y soledad, cuando la madre Francisca abrió la puerta de rejas. Después de abrir la puerta de rejas, la madre Francisca empujó la puerta que comunicaba con el patio y dejó pasar a una señora más o menos joven.

—¡Hijita! ¡Por Dios! ¿Cómo no te vinieron a buscar? — Su mamá la miraba y detrás de su mamá la miraba, muy seria, la madre Francisca.

—¿Que no vino a buscarte tu papá?

—No, mamá.

Su mamá la besó muchas veces y la tomó de la mano — tenía las manos bien calientes.

—¿Y cómo no se te ocurrió avisarme por teléfono? —dijo la señora.

—Yo creí que ustedes estaban todos muertos —dijo ella.

LA SEÑORA ROSA

—Buenas noches.

—Buenas noches, don Pedritó. —
El mozo se asomó a la calle antes de cerrar.

—¿Cómo sigue la señora Rosa, don Pedrito?

—Muy mal —dijo Pedro—. Peor que nunca. Mi mamá se quedó acompañándola.

—¿No la esperamos a comer, entonces?

—No —dijo Pedro—; no la esperamos a comer.

La casa estaba sola y oscura. Pedro vagó por el salón y por la pieza de su madre y, en seguida, se dirigió, con pasos perezosos e indecisos, al repostero.

—Buenas noches —dijo, sonriendo.

—Buenas noches, Pedrito —dijo la cocinera. La cocinera, de brazos arremangados, afanosa, se movía dentro de la cocina.

Pedro se sentó en una silla y apo-

yó los codos en la mesa de mármol.

—¿Está muy mal la señora, parece....?

—Muy mal —dijo Pedro, levantando la voz para que pudieran oírlo desde la cocina—. Dicen que no pasa la noche.

—¡Por Dios!

—Pero estaba bien viejita, también —dijo el mozo.

—¡Pero hijo! ¡Si todavía no se muere! — Pedro vió la cara sonriente de la cocinera que lo miraba desde la cocina—. ¡Este hombre la mata de un viaje!

—Así parece. —Pedro sonrió.

—No, si no es eso —dijo el mozo—. Yo decía.... — Confuso, enrojeció levemente y no pudo terminar la frase.

La cocinera se detuvo, con una sartén en la mano, y fijó su vista en Pedro:

—Bueno, era una persona muy mañosa, creo.

—¡Muy mañosa! Cuando yo la visitaba era terrible. Me hacía lavar-

me las manos por lo menos diez veces.

—¡Mañosaza! —dijo el mozo, satisfecho de mostrarse de completo acuerdo—. Los empleados no le duraban ni dos días. Así me estuvo contando hace poco esa niña que fué de las piernas, esa niña....

—¡Hay que ver! — La cocinera depositó la sartén en la cocina, restregó sus manos con un trapo, se abrochó las mangas y avanzó con artríticos pasos hacia el repostero.

—...esa niña que nos visitaba casi todos los domingos. La que siempre traía unas flores para la señora. —El mozo se rascó la cabeza—. ¿Cómo se llamaba? —murmuró.

—Voy a envolverme las piernas en papel de diario —dijo la cocinera. Se sentó suspirando, con una mueca dibujada en el rostro—. Si no, no hay caso. El dolor no se me quita nunca.

—Fíjese que a la tía Rosa le tienen que poner morfina —dijo él—. Los dolores que le dan son espantosos, no los puede aguantar.

—¡Ayayay! —dijo el mozo.

—Ya no tiene remedio —dijo la cocinera.

—¿Quiere que le sirvamos la comida? —preguntó el mozo, después de un instante.

—Ya está —dijo Pedro.

La cocinera, con renovadas energías, se puso de pie:

—Claro —dijo—. Si la comida está lista. — Caminó en dirección a la cocina—: Se la tengo lista desde hace mucho rato.

Pedro se dirigió al comedor.

La pieza estaba oscura. Por las persianas se filtraba, en franjas, la luz opaca y tenue de los faroles callejeros. Pedro imaginó por un instante a la señora Rosa:

Las persianas estaban corridas desde hacía muchos meses; el aire denso, enrarecido, cargado del olor a sus remedios y a sus vómitos, apenas la dejaba respirar. Pensó que no quería morir, y sus manos, manos lívidas, cubiertas de arrugas, de venas como pequeños bultos morados, se crisparon aferrándose a las sába-

nas. "No quiero morirme", murmuró en voz baja, mientras sus redondos ojos desorbitados se clavaban en el aire vacío. Gruesas gotas de sudor resbalaron por sus sienes y por el espacio hundido de sus pómulos. Afuera, los parientes hablaban, hacinados en el estrecho salón. Se abrió la puerta y las voces, como una ráfaga, penetraron a su dormitorio. Ella trató de hablar, también, no quiso quedar excluída; trabajosamente, haciendo con sus brazos delgados y viejos un esfuerzo insoportable, se incorporó en el lecho y habló, pero las palabras quedaron detenidas al llegar a los labios y los demás sólo captaron el silbido ronco y ansioso de su respiración.

Primero arrinconaron los muebles. En seguida, unos hombres se encargaron de enrollar la alfombra y la sacaron en peso del salón. En el lugar descubierto fué colocada una tarima rectangular, de dos metros de largo. La recubrieron con un paño

negro. Colocaron ocho cirios eléctricos a su alrededor.

—Listo —dijo uno de los hombres, limpiándose las manos estrepitosamente. A través de su camisa entreabierta se divisaba la blancura sucia de su cuerpo.

El olor ascendía de las flores, como de un agua estancada, para repartirse por la casa. Era un olor agudo y extraño, que producía una especie de fatiga. Pedro lo sintió penetrar por el hueco de sus narices hacia el interior del cerebro, donde su acción malsana y disolvente comenzaba.

—Bueno —dijo Pedro, mirando con timidez al hombre de la camisa entreabierta—, voy a decirles que ustedes ya terminaron.

—Claro —dijo el hombre, mientras observaba la tarima—. ¿Por qué no les avisa?

Pedro subió la escala. Se veían, abajo, flores pisoteadas, pétalos sucios, como papeles viejos en una vereda.

Caminó hacia la pieza donde se

habían reunido los parientes. Su madre, que daba la espalda a la puerta, se dió vuelta cuando lo sintió llegar.

—¿Quiere sentarse aquí? —preguntó, mientras le hacía un hueco a su lado.

—Ya terminaron los hombres —murmuró Pedro, sentándose.

Ella movió la cabeza, en un gesto de haber entendido, y volvió a preocuparse de la conversación.

—No tenía remedio —dijo la tía Raquel—. Son cosas que siempre terminan igual.

La ventana estaba un poco abierta. Por ella entraba el viento, refrescando el aire detenido. Delgados mechones grisáceos revoloteaban sobre la frente del tío Alfonso. El tío Alfonso levantó una mano descarnada para ordenarlos distraídamente.

—El doctor estuvo muy acertado —dijo don Roberto—. Yo no estoy de acuerdo con algunos comentarios de ustedes. A un doctor, en estos casos, no le queda otra cosa que hacer.

Pedro miró con atención a don Ro-

berto, que parecía satisfecho de haber expresado su opinión.

—La que se portó muy bien fué la Raquel —interrumpió su madre—. Se pasaba todo el santo día cuidándola.

—Mm —Don Roberto se revolvió en su silla:

—¿A qué hora dicen misa mañana?

—A las ocho y media en punto, Roberto. Los padres son muy puntuales.

El tío Alfonso levantó sus cejas con lentitud:

—¿Qué se hicieron los padres, Raquel?

—Deben de andar por el segundo piso —dijo Pedro.

Su madre se dió vuelta:

—¿Y usted? Tan callado que estaba.

La tía Raquel lo miraba sonriendo.

—Mira, hijito —dijo la tía Raquel—, ¿por qué no me haces un favor, por qué no llevas este frasco a la pieza que usan los padres, la que

era de tu tío Enrique? —Depositó el frasco entre sus manos y presionó sus dedos con fuerza. Las manos de la tía Raquel estaban pagajosas—. Ten mucho cuidado —advirtió—: es el vino para la misa de mañana.

La pieza de su tío Enrique era una pieza grande y desierta. Los muebles estaban enfundados. En las paredes, los numerosos retratos de familia habían dejado sus huellas: una sucesión de pequeños espacios cuadrados o rectangulares, más limpios que el resto del muro. Los retratos yacían encima de una mesa, junto a un antiguo y diminuto sombrero de paja.

“Esta casa se queda sin nadie”, pensó. “La última era la tía Rosa.”

Depositó sobre la mesa el frasco con el vino añejo.

“En el cielo”, la tía Raquel, para explicar esas cosas, se transformaba, “todos se juntan de nuevo: los amigos con los amigos, los hermanos con los hermanos, los padres con los hijos y los esposos con los esposos, y los que han sido feos en la tierra resucitarán radiantes de belleza, y los

que han sido ciegos verán, y todos los que han tenido un defecto serán para siempre sanos y felices.”

El sombrero de paja descansaba en silencio. Junto al sombrero de paja quedó el frasco con el vino. Pedro lo contempló un instante y, en seguida, lo destapó. Un aroma fragante y contenido se elevó hasta sus narices. Mirando, asustado, hacia la puerta, bebió un poco. Cerró el frasco cuidadosamente.

En la penumbra, el tío Enrique sonreía. Se sacaba el sombrero de paja para saludar. “Adiós, tío Enrique.” Las pesadas cortinas parecían a punto de desplomarse.

Los hombres se detuvieron frente al primer recodo de la escala.

—Con cuidado —dijo el tío Alfonso—. Van a tener que pasarlo por arriba.

Pedro se quedó afirmado en la baranda.

—¿Usted no ayuda? —preguntó su madre. Pedro no conocía en ella

una expresión tan tensa; se sintió un poco solo, casi atemorizado:

—Me dijeron que mejor no ayudara —explicó—. El tío Alfonso no quiso.

—Ahora levanten —dijo el tío Alfonso.

El cajón fué levantado con indecisa lentitud. Balanceándose avanzó por el aire. La señora Rosa, dormida entre sábanas muy blancas, se balanceó ligeramente. Parecía ir soñando, impávida, un sueño interminable, que absorbía su atención para siempre, un sueño que la separaba de los que la iban llevando, de los que la observaban, de todos, algo que la sumía en un ensimismamiento infinito. El corazón de Pedro dió un vuelco y sintió sus latidos con precisa claridad.

LA DESGRACIA

José Casas era un niño muy delgado, jiboso y corto de vista. Sus pómulos sobresalían como dos aletas en su cara y sus manos eran de nudos pronunciados y brillantes. Tenía un color cetrino, amarillento, algo enfermizo, para ciertas personas repugnante, y una voz pastosa, que pocas veces se dejaba oír. Era uno de los últimos alumnos de la clase, a pesar de su muy buena conducta. Siempre sus cuadernos estaban manchados, doblados en las esquinas, llenos de faltas de ortografía e innumerables borrones.

José Casas tenía la costumbre de indicar en clase y de salir en seguida con un enredo que no entendía ni él mismo. Se confundían sus ideas, una niebla espesa le oscurecía la mente y su nerviosa tartamudez terminaba por llevarlo todo al diablo. José Casas pestañeaba frente a los estallidos de impaciencia de sus profesores y se

volvía a sentar en el banco, más jiboso que nunca, oyendo un conjunto de risas sofocadas.

La vida de José Casas en el colegio era relativamente extraña. Despertaba, casi siempre, antes que sus compañeros y ya estaba listo cuando se daban las señales de comenzar a vestirse. Según algunos, hacía esto para que no lo vieran en las duchas, con su cuerpo demasiado débil. Comulgaba casi todos los días, como los demás, pero su confesor no era ninguno de los escogidos por la mayoría del alumnado. Al contrario, era un padre muy viejo y un poquito sordo, que parecía dormir en su confesionario, allá en el rincón de la iglesia, ya que recibía muy escasos visitantes; José Casas y dos o tres ancianas, arrugadas hasta los mismos huesos, constituían su reducida clientela. Después, José Casas tomaba desayuno, como todo el mundo, pero participando muy poco en el bullicio general. Se inclinaba sobre su café, sorbiendo ruidosamente y mirando hacia todos lados desde el fondo de sus

anteojos, desde sus ojos débiles y como sin color. A veces hablaba y se reía él mismo de lo que había dicho, sin que su risa encontrara eco. Después venían las clases, con sus dolorosas intervenciones, el almuerzo, las clases de la tarde, en las cuales él languidecía, y las horas de estudio y recreo anteriores a la comida. Estas eran las más duras, ya que en ellas el ocio se ahincaba en los alumnos, los cuales, entre otros medios de hacerlo llevadero, habían descubierto el empleo de la crueldad con José Casas. La gama de los suplicios iba de la simple burla a los insultos, golpes y empujones. Esa era la hora de recurrir al escondite. El escondite quedaba debajo de una escala. Desde ahí podían oírse, casi constantemente, los pasos de los reverendos padres subiendo con mucha parsimonia, a veces corriendo en la punta de los pies, con la sotana arremangada. Entonces, crujían los peldaños y llegaba al escondite un rumor de vestiduras monacales.

Debajo de la escala tenía una silla

de sólo tres patas, llena de polvo, donde poder sentarse, y varios retratos semi-destruidos de santos jesuitas. Estos, aunque carcomidos por el tiempo, no dejaban de mirarlo, fijando en él sus caras exaltadas y descoloridas.

Por ese tiempo, al conjunto de las penurias padecidas por José Casas vino a agregarse una nueva, la cual hizo recrudecer las burlas de sus compañeros. Fué una debilidad crónica al estómago, contra la cual el hermano enfermero, adicto sólo al salofeno y al yodo, no encontraba remedio adecuado. José tuvo que ocupar, a partir de entonces, buena parte de su tiempo en las "casitas".

Un día tocaba concurso de matemáticas. Se decidía la nota del bimestre y el premio. Ambas cosas preocupaban a José, que soñaba con alguna distinción que provocara el respeto de sus compañeros.

Era invierno y hacía bastante frío. A pesar de ser las diez de la mañana, la helada no se derretía en las baldo-

sas del patio. Dentro de la clase estaba tibio, la atmósfera era densa, gracias a que las puertas y ventanas fueron cerradas herméticamente. Se oía el ruido monótono de las lapiceras rasgando el papel. Un hacinaamiento de multiplicaciones y divisiones, ordenadas según su dificultad, llenaba la pizarra. Los alumnos miraban las hojas, mordiendo nerviosamente la punta de las lapiceras, o levantaban la vista hacia el pizarrón para copiar las operaciones con toda rapidez. El padre Gutiérrez tenía las amarillas manos cruzadas sobre el escritorio. Leía atentamente un libro y de cuando en cuando dirigía su mirada severa a los alumnos. Todos temían demasiado su voz imperativa y ronca y su aspecto grave como para pretender copiar la prueba.

José Casas estaba con los dedos helados; apenas podía escribir. No tuvo tropiezos, sin embargo, en hacer la primera y la segunda operación. Se disponía a iniciar la tercera cuando se presentaron los síntomas de su debilidad. Quiso prescindir de ello

pero le fué imposible. Comenzó a ponerse cada vez más nervioso y los nervios le impidieron solucionar su multiplicación. Entonces, José tragó saliva e indicó con el dedo. El padre Gutiérrez había advertido, al comenzar la clase, que no admitiría consultas de ninguna especie transcurridos los primeros cinco minutos. Por lo tanto, cuando vió que José Casas indicaba, movió la cabeza negativamente. José Casas se mordió los dedos. Intentó concentrarse de nuevo en su problema. Era inútil. Miró por la ventana, hacia fuera, reunió todas sus fuerzas y volvió a indicar. El padre Gutiérrez, sin mover la cabeza, que permaneció inclinada sobre el libro, lo miró fijamente:

—¿Qué quiere? —dijo. José Casas se acercó y le habló en voz baja—. Si quiere seguir el concurso —dijo el padre Gutiérrez— se queda aquí. Si sale, antes tendrá que devolverme su hoja. —José volvió a su puesto. Necesitaba hacer por lo menos unas seis operaciones más. Miró a sus compañeros, que estaban inclinados sobre

las hojas, escribiendo apresuradamente, y tomó su lapicera. La tercera operación, en la cual se había detenido, pudo resolverla. Entonces, levantó la vista y comenzó a copiar la cuarta. Era considerablemente más difícil que las anteriores. Mientras el padre Gutiérrez miraba, severamente inmóvil, y sus compañeros rasgaban el papel con las lapiceras, o miraban al techo, o copiaban las multiplicaciones y divisiones de la pizarra, él trataba de hacer la cuarta operación y sentía los síntomas de su enfermedad agudizarse a cada momento. Los nervios volvieron a impedirle solucionar su problema, se le nubló la vista, comenzó a morder la punta de su lapicera, y sucedió una gran desgracia, cuyo conocimiento hubiera desencadenado las más crueles burlas de sus compañeros. José Casas entregó rápidamente su hoja y salió al patio. Nadie advirtió nada. Cruzó el patio helado, donde no se divisaba un alma, y se encerró en una de las "casitas". Como lo principal era impedir que nadie supiera su des-

gracia, se sacó los calzoncillos inmundos, marcados con sus iniciales en rojo, y haciendo un atado muy chico, lo empujó con la mano dentro del excusado. En seguida, tiró la cadena tres o cuatro veces, salió de la "casita" y se lavó las manos en un agua helada y con un penetrante olor a cloro. Se sintió aliviado y feliz y cruzó el patio tranquilamente, respirando a pleno pulmón. La sala de clase le pareció bien cálida después de su salida y ya no se preocupó de su concurso. Pensó que alguna vez tendría ocasión de mejorar su nota. Sacó de su escritorio el libro de lectura y alegremente se puso a leer.

Cuando pasaron tres días, uno de los internos fué a quejarse al hermano que cuidaba la división, de que un excusado estaba tapado y no podía usarse. El hermano fué a mirar el excusado y vió un montón de papeles y excremento, flotando en un agua negra y pestilente. Dió aviso al padre encargado de la división. El padre fué a ver el excusado y vió ese

hacinamiento pestilente. Dió aviso al prefecto del colegio, el cual miró el excusado y dijo que sería preciso avisarle al rector, quien fué oportunamente avisado. El padre rector dió orden de que nadie usara el excusado, orden a todas luces inútil, y llamó a unos operarios que un sacerdote de la compañía le recomendó.

Al día siguiente, la mañana estaba húmeda y neblinosa, como todas las mañanas de invierno. José Casas no se sentía con el mejor de los ánimos. Miraba la neblina escurriéndose por los vetustos pilares del patio, deslizándose por los corredores, a ras de suelo, haciéndose espesa junto al tejado, y una sensación de angustia le retorció el estómago. Oyó ruido de voces. Un grupo de operarios con sus maletines de trabajo apareció por una galería. José los vió dirigirse a la "casita" que él había utilizado días antes. El corazón le dió un vuelco y tuvo miedo. Ese miedo no lo dejó en todo el día: revivía cada vez que resonaba el golpe seco y deprimente de los martillazos de los operarios.

Desde su pupitre, José divisó al rector que pasaba por el patio, con sus pasos lentos y balanceados. Tenía las manos en los bolsillos, como siempre, y miraba despaciosamente para todas partes. Estuvo conversando un rato con los operarios. Ellos le mostraron el montón de baldosas que habían sacado y la parte de la cañería que iba quedando al descubierto. Faltarían cinco minutos para la campaña. José miró a sus compañeros de clase. Estaban todos inclinados sobre los cuadernos. De nuevo oía el ruido de las lapiceras rasgando el papel. Se mordió las uñas y miró hacia fuera. Nadie estaba pendiente de lo que él hacía: ni el padre Gutiérrez, ni los operarios, ni sus compañeros. Quería hundirse debajo de la tierra, para que siempre fuera así.

Sonó la campana y comenzó a sentirse un rumor general de pupitres que se abren, de movimientos inquietos, de bancos crujiendo, de voces entremezcladas y bajas. El padre Gutiérrez dijo que la clase no había ter-

minado. Siguió dictando durante unos segundos. Después se acercó a su mesa, cerró un libro que estaba encima, se volvió a los alumnos y mirando seriamente al muro que quedaba al frente suyo, se persignó:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —La clase contestó apresuradamente, para salir más luego, las mismas palabras. Después, se oyó un ruido de pasos rápidos y un estallido de conversaciones contenidas. José se quedó un rato en el banco, mientras sus compañeros corrían; sus gritos resonaban afuera. En seguida salió y, como quien no se dirige a ningún lugar determinado, fué a observar la labor de los operarios. Había algunos alumnos que hacían círculo alrededor de ellos, quienes trabajaban sin mirarlos. También se encontraba un sacerdote que miraba impávidamente, con los brazos cruzados. Un olor fuerte y pegajoso emanaba de la cañería, que iban destapando, y del excusado. José sintió que su malestar aumentaba al sentir ese olor, que se asociaba con

su enfermedad. Pasada un rato, se dió cuenta de que lo habían dejado solo, ya que los demás alumnos se habían puesto a jugar y el padre no se divisaba por ninguna parte. Temeroso de que sospecharan cualquier cosa, fué a sentarse en una de las gradas de piedra que tenía el patio, para dejar pasar las horas.

Las clases terminaban a las cuatro. Ya en la última clase, la impaciencia de todos era mayor que nunca; los rumores de la sala se multiplicaban, se volvían más rápidos y más inquietos. Muchos estaban distraídos; otros ponían una atención furiosa, sabiendo que pronto quedarían libres. José, que hasta cierto punto no había pensado en los operarios durante las horas anteriores, se obsesionaba de nuevo con el trabajo que hacían. Lo mismo que pocas horas antes, una sensación de angustia le oprimía el estómago. Ahora el montón de baldosas era mucho mayor y los martillazos dejaron de oírse. El sonido rítmico de los martillazos in-

quietaba menos a José que el silencio que comenzó a reinar. Ese silencio se le hundía con violencia y lo llenaba de miedo. Todos los rumores de la clase desaparecían en él, que los absorbía, que parecía desvirtuarlos. José esperaba, mientras miraba hacia fuera, deslumbrado por el patio, que estaba desierto y silencioso y como dominado por esas casuchas malolientes.

Cuando sonó la campana, José sintió unas violentas palpitaciones. Recogió sus libros y cuadernos temblando un poco, tratando de disimular su temblor. Los alumnos formaron filas y se dirigieron a la división. Allá se sacarían el overol los externos, los internos y medio-pupilos dejarían sus libros para ir a tomar té, y el padre prefecto de división leería las listas de los castigados. Los alumnos mostraban los efectos de un día completo de clase tanto en las manchas y arrugas del overol, como en las manchas de las manos y la cara, llenas de tinta y suciedad. Marchaban balanceando los brazos, apoyándose

contra las murallas o deshaciendo las filas. En cambio, José caminaba recatamente, con los mismos pasos seguros con que algunos presos caminan al cadalso. Iba un poco más jiboso que de costumbre.

Cuando los externos terminaron de quitarse los overoles y sólo quedaban en el aire las partículas de polvo que les habían sacudido, el padre Valverde, de pie, y apoyado desde abajo de la tarima contra su escritorio, comenzó a leer las listas de los castigados. Primero leyó la de los atrasados, después la de los de mala conducta. Terminadas las listas las guardó en su bolsillo y tomó un papelito que tenía sobre el escritorio.

—El señor José Casas —dijo— se quedará sin salida el domingo.

La división se dió vuelta para mirar a José, que tenía la vista fija en su pupitre, lívido e inmóvil. Sus manos estaban cruzadas sobre el banco y los anteojos le brillaban, reflejando la luminosidad que entraba por una ventana. Mientras sus dedos se movían levemente, el resto de su cuer-

po permanecía quieto, muy inclinado sobre el escritorio, recibiendo las miradas de unos cien pequeños alumnos, que no sabían a qué atribuir el castigo. El padre Valverde tocó su campanilla y los externos comenzaron a salir. Después formaron fila los internos y medio-pupilos y se retiraron ordenadamente. Cruzaron una galería, pasando al lado de la sala de clase de José, y salieron al patio. Pasaron en seguida frente a las "casitas" y siguieron por el centro del patio. Iban encaminándose a los comedores, cuando José vió que todos sus compañeros miraban hacia arriba, mientras se oía un murmullo general. José a su vez miró hacia arriba. Divisó un objeto que colgaba de un alambre. El objeto colgaba muy alto, lánguidamente mecido por el viento, que también hacía oscilar el alambrado. Pronto se descubría su forma y una observación más detenida hubiera permitido distinguir, grabados en buen hilo rojo, un par de iniciales y un número.

Í N D I C E

EL REGALO.....	7
UNA NUEVA EXPERIENCIA.....	19
EL SEÑOR.....	31
LA VIRGEN DE CERA.....	43
LOS PESCADOS.....	51
LA SALIDA.....	61
LA SEÑORA ROSA.....	69
LA DESGRACIA.....	83

A C A B Ó S E

DE IMPRIMIR EL DÍA 29

DE JUNIO DE 1952.

CONSTA LA EDICIÓN DE

500 EJEMPLARES.

CARMELO SCRIA - IMPRESOR
AV. LARRAÍN, 6284